

CARCOMA

Layla Martínez



Todas las casas guardan la historia de quienes las han habitado. Las paredes de esta casa perdida en el páramo hablan de voces que surgen de debajo de las camas, de santas que se aparecen en el techo de la cocina, de desapariciones que nunca se resuelven. Los vecinos reniegan de sus dos habitantes a la luz del día, pero todos acuden a ellas cuando nadie los ve. La abuela se pasa los días hablando con las sombras que viven tras las paredes y dentro de los armarios. La nieta vuelve a la casa tras un incidente con la familia más rica del pueblo. Ahora, desenredando la historia de la casa, se han empezado a dar cuenta de que las sombras que la habitan estuvieron siempre de su lado.

A José, para que el Diablo bendiga nuestra boda.

1

Cuando crucé el umbral, la casa se abalanzó sobre mí. Siempre pasa lo mismo con este montón de ladrillos y mugre, se lanza sobre cualquiera que atraviese la puerta y le retuerce las tripas hasta dejarle sin respiración. Mi madre decía que esta casa hace que se te caigan los dientes y se te sequen las entrañas, pero mi madre se fue de aquí hace mucho y yo no me acuerdo de ella. Sé que decía eso porque me lo ha contado mi abuela, aunque no hubiese hecho falta porque yo ya lo sé. Aquí se te caen los dientes y el pelo y las carnes y a la que te descuidas te andas arrastrando de un lado para otro o te echas en la cama y no te levantas más.

Dejé la mochila encima del arcón y abrí la puerta del comedor. La abuela no estaba allí. Tampoco bajo la mesa de la cocina ni en el armario de la despensa. Decidí probar suerte en el piso de arriba. Abrí los cajones de la cómoda y las puertas del armario, pero tampoco la encontré. Vieja de mierda. Entonces vi las puntas de unos zapatos que asomaban por debajo de una de las camas. En cualquier otra circunstancia no habría levantado el borde de la colcha porque a los que viven debajo de la cama es mejor no molestarlos, pero los zapatos de mi abuela son inconfundibles. El charol brilla tanto que puedes verte reflejada en ellos desde el otro lado de la habitación. Cuando levanté la colcha, estaba mirando fijamente las tablas del somier. Una vecina que la había visto salir del arcón una ma-

ñana le había dicho a los periodistas que la vieja tenía demencia, pero qué sabría aquella jodida chismosa que tenía siempre el pelo más cochino que la freidora de un bar de carretera. No era demencia.

Saqué a la vieja a rastras, la senté sobre la cama y la zarrandeé agarrándola por los hombros. A veces funciona y a veces no, aquella vez no lo hizo. Cuando no funciona es mejor esperar a que se le pase. La arrastré hasta el pasillo, abrí la puerta de la cámara, la empujé dentro y la encerré con llave. En esta casa todas las puertas se pueden cerrar desde fuera. Es una tradición familiar, igual que esas idioteces que hace la gente en Navidad. Nosotras tenemos muchas tradiciones, como encerrarnos las unas a las otras, pero nunca comemos cordero porque los corderos no nos han hecho nada y nos parece de mala educación.

Bajé a por la mochila y subí de nuevo las escaleras. Aparte de las escaleras a la cámara, en el piso de arriba solo hay una habitación que comparto con la vieja. Dejé la mochila sobre mi cama, la pequeña. Antes había sido de mi madre y antes de mi abuela. En esta casa no se hereda dinero ni anillos de oro ni sábanas bordadas con las iniciales, aquí lo que nos dejan los muertos son las camas y el resentimiento. La mala sangre y un sitio para echarse a la noche, eso es lo único que puedes heredar en esta casa. Ni siquiera me tocó el pelo de mi abuela, que a su edad la vieja sigue teniendo el cabello fuerte como sogas que da gloria verlo cuando se lo suelta y yo con cuatro pelos largos y raquíuticos que se me pegan a la cabeza y se me llenan de grasa a las dos horas de habérmelo lavado.

La cama me gusta porque el cabecero está lleno de estampas de ángeles de la guarda pegadas con celofán. De vez en cuando el celofán se cae de viejo y de podrido pero yo enseguida corto otro trocito con los dientes y lo cambio. Mi preferida es una en la que el ángel vigila a dos niños que están a punto de caerse por un barranco. Los niños están jugando en un risco y sonríen con cara de imbé-

ciles como si estuviesen en el patio de su casa y no al borde de un despeñadero. Son bastante mayores pero ahí están los idiotas como si nada. Muchas mañanas la miro nada más despertarme a ver si los niños se han caído ya. También hay otra estampa en la que un bebé está a punto de prenderle fuego a la casa, otra en la que unos gemelos están intentando meter los dedos en un enchufe y otra en la que una niña está a punto de amputarse una falange con un cuchillo de cocina. Todos sonrían como psicópatas con los mofletes redondos y rosados. La vieja puso las estampas ahí cuando nació mi madre para que los ángeles la protegiesen y todas las noches antes de dormir las dos se arrodillaban al lado de la cama con las palmas de las manos juntas y rezaban cuatro esquinitas tiene mi cama cuatro angelitos que me la guardan. Pero luego la vieja vio a los ángeles de verdad y se dio cuenta de que los que habían dibujado las estampas no habían visto uno en su vida porque ninguno tiene esos rizos rubios y esas caras hermosas. Todos son más bien como insectos gigantes, como mantis religiosas. Y mi abuela dejó de rezar porque quién querría que viniesen cuatro mantis religiosas con sus cientos de ojos y sus bocas de pinzas a la cama de su hija. Ahora les rezamos porque tenemos miedo de que se posen sobre el tejado y metan sus antenas y sus patas largas por la chimenea. A veces oímos ruido en la cámara y subimos a mirar y vemos sus ojos vigilándonos por entre los huecos de las tejas y entonces les decimos un avemaria para que se espanten.

Saqué la ropa de la mochila y la coloqué encima de la cama. Cuatro camisetas, dos mallas, cinco bragas, cinco pares de calcetines y la ropa que me ponía cuando tenía que ver al juez: un pantalón negro y una camisa de flores. Esa camisa y ese pantalón eran los mismos que utilizaba para las entrevistas de trabajo porque en ellas también quería transmitir que era inocente y buena y que por tanto estaba más que dispuesta a ser explotada salvajemente.

Con el juez sí funcionó lo de parecer inocente, pero con los empresarios no. Yo creo que me veían la rabia en la cara porque sonreía apretando los dientes. El único trabajo que conseguí fue cuidar al hijo de los Jarabo, a los que les daba igual la camisa y la mala sangre porque mi familia siempre había servido a la suya y así iba a seguir siempre, me vistiese como me vistiese y les tuviese el rencor que les tuviese.

Ahora la camisa ya no sirve para nada porque se ha desteñido pero ya da igual porque ya no voy a tener una entrevista de trabajo ni va a contratarme nadie, no después de lo que pasó. Ya no voy a tener que ir a apretar los dientes para que no se me salga la bilis pero dice la vieja que algo tendré que aprender a hacer. Ella lo dice porque no quiere tenerme todo el día aquí en la casa pero tiene razón porque si estoy mucho tiempo sin hacer nada me entran los nervios y la pudridera. Un trabajo que me gustaría es el de pasear perros pero aquí nadie va a pagarme por eso, aquí tienen a los perros encerrados en un corral y gracias si les echan un trozo de pan duro de vez en cuando por encima de la puerta.

Bueno, sigo. Cuando saqué la ropa de la mochila me quité la camiseta y la cambié por una limpia. Me gustaría decirlos que era bonita pero no es verdad y quiero contaros las cosas tal y como sucedieron y la verdad es que las dos eran igual de feas y estaban deformadas y desgastadas por el uso, pero al menos la segunda no apestaba al olor a cerrado de los autobuses de mierda que tenemos aquí, que tienen el olor ese como de vestuario de gimnasio pegado a la tapicería. Puse la ropa en el último cajón de la cómoda pero sabía que era una estupidez. Mañana tendría que buscarla en el armario de la cocina o en las baldas de la despensa o en el arcón de la entrada. Siempre pasa lo mismo, en esta casa no te puedes fiar de nada pero sobre todo no puedes confiar en los armarios ni en las paredes. En las cómodas un poco más pero tampoco.

Oí un ruido seco y supe que la vieja estaba golpeando la puerta con la frente. Debía de estar a punto de volver, más valía despertarla antes de que se acercase a la ventana de la cámara, que no sería la primera vez que se caía o se tiraba, que para el caso tanto daba porque se iba a quedar impedida o idiota como siguiese haciéndolo. Volví a la habitación y abrí la puerta. Esta vez la sacudí con más fuerza hasta que volvió del todo y dijo ay, hija, no te he sentido entrar. Le contesté que hacía media hora que había llegado pero que ella había estado ida todo ese tiempo. Cuando los santos se te llevan se te llevan, me dijo, y la vi salir del cuarto y bajar las escaleras. Los escalones crujieron como si estuvieran a punto de partirse a pesar de que la vieja no llega ni a los cincuenta kilos. Aquí donde la veis es todo pellejo, todo colgajo sin carne dentro. Cuando bajé yo no hicieron ruido. De los escalones tampoco te puedes fiar.

La vieja daba vueltas en la cocina, atareada de un lado para otro. Eran casi las dos de la tarde pero no tenía hambre porque yo entonces no tenía hambre nunca, lo único que tenía ahí en la tripa era una desgana como de perro enfermo. Puso dos platos hondos encima de la mesa y acercó la olla. No hizo falta preguntar qué había de comer porque en esta casa siempre comemos lo mismo. Yo me he hecho a ello porque es así desde que me acuerdo, pero a la gente esto le parece extraño así que lo cuento. La vieja pone una olla con agua al fuego y va echando lo que haya, que normalmente es lo que saca del huerto o lo que encuentra por el monte, a veces también un puñado de garbanzos o de judías que compra a los camiones que vienen a vender al pueblo. La olla hierve durante horas y luego un poco cada día y la vieja va echando cosas según le parezca y según nos lo vamos comiendo va añadiendo agua y echando más cosas y cuando se va a poner rancio lava la olla y empieza de nuevo. Mi madre odiaba esta comida pero no importa porque ya os he dicho que mi ma-

dre se marchó hace mucho. A mí tampoco me gusta pero no digo nada porque no tengo ánimo ni cuerpo para cocinar otra cosa.

Eché varios trozos de pan al guiso como hago siempre y dejé que se empaparan. La vieja sacó una botella de vino y llenó tres vasos, uno para mí, otro para ella y otro para la santa. Anda un poco decaída, dijo, y puso el vaso junto a la figura de Santa Gema que tiene en un altar junto al fregadero. Después se sentó en la mesa, a mi lado, y quiso saber si había mucha gente en el autobús. Solo yo y el carnicero, le dije, y ella preguntó si el carnicero me había dicho algo con esa lengua que tiene de baboso y arrastrado que si se la muerde se envenena. No había dicho nada porque en este pueblo además de arrastrados son cobardes y aquí a la cara no te dicen nada a no ser que se junten cuatro o cinco.

Mi abuela se levantó y echó más vino en el vaso de la santa, hasta que estuvo a punto de derramarse. Después se santiguó. A ver si la Gemita le lleva malos sueños esta noche al desgraciado, dijo, pero yo sabía que no porque la santa no puede ocuparse de tanto miserable como hay en este pueblo. De eso nos tenemos que ocupar nosotras. Cuando acabamos, recogí los platos y los puse en el fregadero. Mi abuela se fue al comedor y se tumbó en la banca para rezar el rosario. Un avemaría para los muertos, otro para los santos y otro para la Virgen del Monte, que guarda el pueblo desde lo alto de la sierra.

Salí al patio delantero y me senté en el poyete que hay junto a la puerta. El pueblo siempre está vacío a estas horas, pero de todas formas los vecinos no vienen hasta nuestra puerta a no ser que necesiten pedirle algo a la vieja. Cuando no les queda otro remedio que pasar por delante para ir a algún olivar o a una era, aprietan el paso como si acabaran de darse cuenta de que se han dejado la llave del gas abierta. Aun así algunos tienen tiempo de escupir a la puerta del patio. Los gargajos se quedan pega-

dos y dejan manchas blancas cuando el sol los seca. Una noche alguien echó lejía en la parra. Las hojas se cayeron, pero las ramas todavía se aferran a la fachada. Mi abuela se negó a arrancarla. Que la vean todos, dijo. De una de las ramas colgó una estampa de Santa Águeda. El nimbo y la bandeja donde llevaba los pechos amputados en el martirio eran dorados. Una urraca arrancó la estampa y se la llevó. Dejamos más cosas brillantes para la urraca, pero no vino a por ellas, solo estaba interesada en la santa. La entendí perfectamente.

Oí una voz que me llamaba y volví adentro. La atmósfera se había hecho más pesada, la casa contenía el aliento. Fui al comedor, pero la vieja dormía en la banca con la boca abierta y el rosario en la mano. Volví a escuchar la voz, esta vez en el piso de arriba. Subí corriendo las escaleras, pero solo pude ver cómo se cerraba la puerta del armario. No iba a caer en la trampa. Puse una silla delante y atranqué la puerta del mueble. Me giré para salir, pero antes de llegar al pasillo empezaron los golpes. Al principio eran débiles, después subieron de intensidad. Llamaban desde dentro, cada vez con más fuerza. Después empezaron los arañazos y las sacudidas y la puerta del armario comenzó a astillarse. La madera se rompía con cada golpe. Del interior del mueble salía un llanto como de niño que reconocí enseguida porque lo había oído cientos de veces. Me acerqué hasta la puerta. En ese momento, la silla cayó al suelo y el armario se abrió. La casa entera se contrajo alrededor de la habitación, expectante.

Es mejor que esté cerrada, niña, dijo la vieja a mi espalda. Su voz me sobresaltó, no la había escuchado subir las escaleras ni entrar en la habitación. Las voces del armario siempre tienen ese efecto, una especie de atontamiento que no te deja pensar en nada más cuando las oyes, como si te hubieses quedado idiota o sorda o las dos cosas. La vieja se acercó al armario, sacó la llave que siempre lleva con ella y lo cerró después de apartar la silla que yo había

puesto. La casa estrechó sus muros y sus techos sobre nosotras, se nos echó encima quién sabe si para protegernos o para ahogarnos, quizá para las dos cosas porque entre estas cuatro paredes no hay mucha diferencia.

Oímos el motor de un coche detenerse en el camino de tierra, frente a la puerta del patio. Me acerqué a la ventana y descorrí el visillo. Un destello de luz me deslumbró durante unos instantes, el sol se reflejaba en el objetivo de una cámara que apuntaba hacia la casa. Alguien debía de haberles avisado de que había vuelto. Cuando sucedió todo, el pueblo se llenó de periodistas y hablaron con los vecinos y todos corrieron a contarles chismes a ver si así salían en la televisión. Claro que salieron, cuanto más contaban y más se inventaban más salían. Los entrevistaban en directo en los programas de por las mañanas y ellos decían que apenas había ido al colegio que no hablaba con nadie que nunca se me habían conocido novios pero que miraba a las muchachas. Ay, yo no me quiero meter pero a mi nieta la mira como con ansia, ay, yo no sé pero aquí no se la ha visto con ningún hombre, decían los hipócritas y el odio se les quedaba entre los dientes junto a los restos de comida. Falsos y arrastrados es lo único que hay en este pueblo, ya os lo he dicho. Todos están deseando ir a chivarse al patrón a la guardia civil a los periodistas da igual de qué pero ir a chivarse de algo a ver si con eso les dan una palmadita.

De la vieja también chismorrearon. Dijeron que hablaba sola que dormía en el arcón que se lavaba desnuda debajo de la parra. Las entrevistas eran cada vez más largas y ellos hablaban cada vez más. Todos querían salir en la televisión y cuanto más inventaban más salían. El ansia se les trepaba por la garganta y se les enredaba en la lengua y de aquellas bocas solo salía bilis y más bilis que llevaban guardada de años o que les acababa de nacer, daba igual porque el resultado era el mismo. Dijeron que habían visto a la vieja escarbar en el cementerio para coger huesos,

hablar con los muertos cuando no había nadie más en la casa. Hablaban y hablaban y sus chismes y sus mentiras se discutían en los programas de televisión y se hacían virales en las redes sociales y todo el mundo creía saberlo todo sobre nosotras. La mayoría nos cogió asco. También odio, un odio denso que se les pegaba al paladar y se les escurría por las comisuras de los labios mientras debatían sobre nosotras delante de las cámaras. Algunos nos tuvieron lástima y dijeron que estábamos enfermas y que había que llamar a los servicios sociales para que se hicieran cargo de la vieja y quizá también de mí que parecía un poco ida o un poco retrasada o en cualquier caso no lo suficientemente normal. A mí me da igual que piensen que estoy loca o que soy idiota pero que me tengan lástima eso no, eso sí que no, que no he hecho todo lo que he hecho para que ahora cualquier mugriento me tenga pena.

La vieja me apartó de la ventana porque ya veía que me podría de ver a los periodistas otra vez. Intenté sacármelos de la cabeza para que no se me agarrasen los nervios pero yo sabía que seguirían ahí racarracarracarra en el cerebro incluso en los momentos en que no pensase en ello y luego saldría otra vez todo por la noche cuando estuviese en la cama que antes había sido de mi madre y antes de mi abuela y antes de eso no sé. He oído el llanto del niño, le dije a la vieja un poco por cambiar de tema y otro poco por ganas de hablar porque las semanas en preventiva me habían embrutecido de no hablar casi. La casa está inquieta desde que has vuelto, contestó, y dio por zanjado el tema porque ella de hablar nunca tenía ganas si no era porque había que decir algo. Como vio que yo no me quedaba conforme se volvió antes de salir de la habitación. Ya sabes que hay dos maneras de que se calme, dijo, rezar a los santitos o darle lo que quiere.

Bajó pesadamente las escaleras y me quedé otra vez a solas con el armario. Estaba ansioso y hambriento, podía notarlo. Sentía su hambre como de perro en corral, como

de caballo con traba. Al pasar junto a él para seguir a la vieja la madera crujió. Me provocaba para que abriese la puerta el muy retorcido pero esos trucos yo ya me los conocía.

En la cocina la vieja había encendido la lumbre para pedirle algo. Alimentaba el fuego con maleza seca con ramas de pino con papeles viejos. Todo trocitos pequeños para que el fuego no se le volviese codicioso. Lo miraba y le susurraba cosas. Los rezos se le caían de los dientes sin que yo llegara a oírlos pero sabía que le pedía a Santa Bárbara decapitada por su padre en la cima de una montaña a Santa Cecilia bañada en agua hirviendo a Santa María Goretti asesinada mientras intentaban violarla a todas las santitas muertas a manos de hombres rabiosos.

Cuando salió del trance, la vieja me tendió una estampa. Dale esto al periodista de ahí fuera, dijo, y le cantó al fuego para que se fuese durmiendo mientras separaba las brasas. Era una imagen del arcángel San Gabriel con la armadura dorada y las alas desplegadas. En una mano llevaba una espada y en otra una balanza y eso a mí me gustaba porque me figuraba que quería decir que no hay justicia sin muerte ni muerte sin penitencia. Lo que no me gustaba es que ese también fuese hermoso y no una mantis una polilla una langosta porque eso quería decir que ese pintor tampoco había visto nunca un ángel. Todos los pintores de estampas son unos farsantes y a mí ya me cansa tanta mentira.

No quiero que me graben, me quejé, pero a la vieja le dio igual como le dan igual todas mis quejas. Crucé el pasillo y abrí la puerta delantera. La casa se estremeció no sé si de placer o de asco pero no importa porque aquí en eso hay poca diferencia. No reconocí al periodista, todos se me hacen iguales. La misma barba, el mismo corte de pelo, el mismo tono de voz como de acusarme como de no parar de acusarme. Todos me pudren lo mismo.

Atravesé el patio y abrí la verja. Un regalo de parte de mi abuela, le dije, y le tendí la estampa. El idiota se me quedó mirando sin saber qué hacer, yo creo que nos habían cogido miedo de tantas historias que habían escuchado pero a mí me parecía bien porque siempre es mejor que te tengan miedo a que te tengan lástima. Su compañero era más espabilado, encendió la cámara en cuanto abrí la puerta del patio. Al cabo de unos instantes el pasmado también reaccionó, cogió la estampa y sujetó la puerta de la verja para que no pudiese cerrarla. Forcejeé con la puerta mientras me hablaba, pero no oí lo que me decía porque yo solo pensaba que si lograba que moviese un poco más la mano hacia la derecha podría machacarle los dedos al cerrar. Debió de darse cuenta de algo porque cuando le miré a los ojos apartó la mano como si de pronto la puerta quemase.

Cuando entré de nuevo en la casa oí a la vieja en la cámara. Por el sonido debía de estar moviendo las ollas de la matanza. Estaban medio podridas de no usarlas pero nos resistimos a vendérselas al chatarrero porque quién sabe cuándo se puede necesitar una olla en la que cabe un cuerpito como de lado. Además ahí se le esconden a la vieja los difuntos que vienen perdidos y temblando y a ella le da pena quitarles las ollas y que no tengan sitio donde meterse. Llegan a la casa después de andar por el monte llenos de barro y de mugre y de sangre todo temblores y miedo porque a saber lo que han visto y cuánto han tenido que escarbar en esas fosas y a ella le da pena que no tengan ni una olla para esconderse hasta que se les pase la angustia.

Salí al patio trasero a ponerles comida a los gatos. En verano no pasaban mucho tiempo en casa, preferían treparse a la higuera del huerto o bajar por el barranco a buscar el fresco, pero venían todos los días a asegurarse de que estábamos bien y a llenar la tripa, que les teníamos dicho que dejasen en paz a los pájaros y a las lagartijas

que ellos ya tenían bastante con el pienso y no les iba a faltar. Cuando me vieron algunos empezaron a maullar como descosidos y otros se acercaron a que les rascase la cabeza. Les llené los cuencos y nos quedamos holgazaneando hasta que se hizo de noche, porque de todas formas en esta casa no hay mucho que hacer más que recoger la rabia dentro de la tripa y eso yo ya lo tengo resuelto.

En la cocina la vieja había puesto la mesa. Sobre el hule había tres platos, tres vasos y tres trozos de pan. A tu madre le he puesto un plato porque se la ve intranquila, dijo la vieja. Yo de mi madre no me acuerdo. Mi abuela me ha enseñado fotos cientos de veces, las saca de la caja de galletas donde las guarda cada vez que se le hace un nudo la pena o el rencor que en esta casa son lo mismo. Me las enseña pero yo no siento cariño ni aprecio ni nada porque a esa adolescente de las fotos ya casi le doblo la edad y no siento que esa niña pueda ser mi madre. Rencor sí siento un poco pero es porque se me ha pegado de mi abuela y porque me da rabia que a una adolescente se la lleven así sin ropa sin dinero sin querer ella irse y todo lo que se sepa es que se subió a un coche y nadie volvió a verla.

Cuando acabamos fregué los platos, le apagué las velas a las santas porque nunca se debe dejar nada peligroso al alcance de un santo y subí a la habitación. La vieja ya dormía con esos ronquidos suyos como de perro cansado. Mi ropa estaba tirada por el suelo del cuarto, la recogí toda menos la que veía salir de debajo de la cama porque si una cae una vez en una trampa no es su culpa pero si cae cuatro o cinco veces sí y a mí esto me ha costado aprenderlo pero ahora ya lo aplico. Me dormí pronto y no me desperté hasta que oí unos golpes en la puerta principal. Había amanecido hacía rato pero era pronto para que viniese nadie. Me levanté y bajé las escaleras. La vieja estaba en el umbral, con el cabello suelto como hacía cuando quería asustar a la gente.